

Era joven. Fue joven. Se entretuvo leyendo aquellos libros que habían pertenecido a su padre. Los libros conservaban subrayados y comentarios al margen de algunos párrafos, garabateados a mano, con lápiz grafito. Le intrigaban las ideas que su padre habrá tenido al leer tal o cual par de frases. ¿Qué habrá pensado de aquellas palabras impresas? Los mensajes estaban escritos de puño y letra por el muerto. Libros de filosofía, novelas, crónicas. Y poesía, sobre todo poesía. De vez en cuando volvía a tomar los libros desde sus cajas o repisas para confirmar si aún leía esos recados de la misma manera, si aún coincidía con los comentarios y retruques de su padre, muerto hace ya mucho. Cuando los mensajes del más allá comenzaron a parecerle pretenciosos o ingenuos, abandonó la costumbre con la que de forma tan rebuscada invocaba el espíritu del muerto. Había sido joven.

En las mañanas lluviosas y oscuras era cuando más deseos sentía de quedarse en la cama leyendo o escribiendo. Todos los libros apilados en el velador le parecían atractivos y podría haber tomado cualquiera para terminarlo en un par de horas sin dejarse tentar por ninguna distracción. En ocasiones, la combinación del calor de la cama y la cabeza imaginando los olores, lugares y personas que aparecían en esos libros solían despertar en ella intensas fantasías sexuales. Pensaba, por ejemplo, en hombres a los que había apenas conocido, pero con quienes (intuía, imaginaba) alguna clase de afinidad tendría. Recreaba una situación ficticia en la que se producía un encuentro entre ambos. Otras veces pensaba en mujeres. Cuando pensaba en ellas, la fantasía se volvía más racional, más coherente. El encuentro involucraba afectos, compromisos, conversaciones interesantes y hasta una gran complicidad. Eran estas las que más le atormentaban, porque si bien nunca había tenido sexo con una mujer, sospechaba que eso sí que era

un gran problema. Las mujeres no son lo suficientemente frívolas con otras mujeres y, conjeturaba, todas terminan enamorándose de un buen encuentro. En ese punto todo acaba complicándose. En cualquier caso, con ambas fantasías se masturbaba para luego darse una larga ducha y comenzar el día. Aún era joven. Comenzaba a envejecer.

Ese invierno regresó al balneario al que había ido casi todos los veranos de manera ininterrumpida cuando niña. Todo lucía igual que siempre, con la excepción de algunas cabañas de verano nuevas y el ambiente del lugar en esta época del año: gris y vacío. No vio a nadie conocido. Supuso que esos niños que excepcionalmente jugaban a orillas del mar con botas e impermeables de colores serían los hijos de aquellos otros niños con los que ella misma había jugado más de algún verano décadas atrás. Se quedó mirándolos. Iban de aquí para allá con sus manitos heladas acarreando arena y agua en pequeños baldes. El mar visto así, tan oscuro, parecía de utilería. Las olas se espigaban como asomándose a mirar la playa, crestas blancas hechas de restos. Alguna vez, hacía tiempo, había escuchado que aquella inocua y hermosa espuma que espesaba en sus tobillos al morir la ola en la orilla era mierda de gaviotas. Concentrados y filtrados como un licor de siglos los desperdicios de esas aves venían a dar al margen del territorio y a las

tardes de ocio convertidos en bella espuma, la misma con la que los niños jugaban como si fuera jabón en la tina.

Arribó al pueblo. Era invierno. La tarde que llegó estuvo caminando a lo largo de la playa durante varias horas. Pese a lo hostil del clima, prolongó lo que más pudo el paseo. La caída de un gran aguacero era inminente y encima campeaba un frío feroz. Se detuvo en cada rincón que le pareció significativo y del cual guardaba algún recuerdo por más nimio que fuera. Las formaciones rocosas intrincadas eran sus preferidas. Recordaba con exactitud la sensación que tenía de niña cuando hallaba un refugio que en su fantasía y en la de su hermano se convertiría en una casa: allí la mesa, aquí las sillas donde sentarse a comer, más allá la cama. Caminó mirando intercaladamente el mar y la arena del suelo buscando piedritas o conchitas especialmente hermosas. La tarde que llegó al pueblo se la pasó abstraída por el paisaje y, salvo esos niños, no vio personas. Toda esa tarde estuvo sumida en una especie de trance. No notó que alguien la observaba desde una de las dunas casi al llegar a la barra del río. Esa noche durmió sola y vestida en la vieja casa de veraneo de su infancia. Aún era joven. Hacía frío.